

## UNA NIÑITA VALIENTE

Este emocionante relato trata de una niña valiente y un pajarito.

Piqui era un canario muy hermoso que pertenecía a Silvana, una niña que vivía en el campo con sus padres.

Silvana había recibido a Piqui como regalo de cumpleaños y lo quería mucho. Lo tenía en una hermosa jaula dorada, pero a veces le dejaba salir a volar. Piqui solía posarse sobre el hombro de Silvana, o junto a su plato cuando estaba sentada a la mesa. Silvana sólo tenía que silbar suavemente para que Piqui comenzara a entonar sus hermosísimos trinos y llenar la casa de música.

Un día Piqui desapareció. La puerta de su jaula apareció abierta, y no se veía a Piqui por ningún lado. Silvana revisó toda la casa, de arriba abajo, pero en vano. Salíó al jardín y miró por entre los arbustos, tratando de escuchar un "¡Chiiip, chiiip!" que le indicara dónde se estaba escondiendo su precioso pajarito. Pero no pudo encontrar a Piqui.

Silvana habló con mucha seriedad al perro y especialmente al gatito, de quienes tenía graves sospechas, pero ambos parecieron decir que eran inocentes.

Pasaron tres días y Piqui no aparecía. Silvana, la pobre, cita, tenía el corazón quebrantado, porque le parecía que nunca más podría tener un pajarito tan manso y cariñoso como su querido Piqui.

Una mañana la llamó una vecina.

- Me parece que sé dónde está tu canario --:-le dijo.

- ¿Dónde, dónde? - preguntó ansiosa Silvana -. ¿Dónde está?

- Ven conmigo y te mostraré - respondió la vecina - .

Me parece que lo escuché piar.

- Vayamos enseguida -exclamó Silvana.

- Por aquí -dijo la señora, caminando en dirección al pozo.

Al llegar a él miraron por sobre el brocal, mientras Silvana se tomaba fuertemente de la mano de la señora.

-¡Escucha!

Ambas escucharon con atención. Desde la oscura profundidad del poco oyeron un débil "¡Chiiip, chiiip!"

-¡Es Piqui, es Piqui! -exclamó Silvana, alborozada--o Mi pobre Piqui. ¿Cómo podríamos sacarlo de allí?

- Vayamos a contarle a tu Papá - dijo la vecina -. Tal vez encuentre alguna forma de sacarlo.

Volvieron corriendo a la casa.

-¡Lo encontramos, lo encontramos! -gritó Silvana-.

Está en el fondo del pozo. ¿Cómo podríamos sacarlo de allí?

-Creo que es imposible -respondió seriamente el papá -. El pozo es muy profundo, y no tengo una escalera lo suficientemente larga para alcanzar hasta el fondo.

- Pero no podemos dejar a Piqui allí -dijo Silvana comenzando a sollozar-. Bájense a mí y lo sacaré.

-¡Tú, bajar al pozo! -exclamó el papá.

-Sí, yo bajaré. Tú me bajas en el balde grande, yo lo recojo y luego tú me levantas otra vez.

-No podemos hacer eso -dijo el papá.

- Pero tenemos que hacerlo -respondió Silvana -. Yo me atrevo a bajar. ¡Vamos, Papá, bájame antes que Piqui se muera!

Silvana hablaba con tanta seriedad que su padre finalmente accedió, y los tres fueron hacia el pozo. Otra vez miraron hacia abajo.

- ¿Estás segura de que quieres bajar allí? -preguntó el papá.

-Sí, sí, por supuesto -dijo la valiente Silvana -. ¿No puedes oír cómo me llama Piqui?

Sin una palabra más ella se metió en el balde. El padre ató una soga bien firmemente alrededor de ella, de modo que no pudiera caerse accidentalmente. Luego con mucho, mucho cuidado empezó a bajarla.

y Silvana comenzó a bajar, a bajar, a bajar. ¡Qué oscuro estaba allí abajo! Pero a medida que bajaba, el suave "¡Chiiip, chiiip!" se oía cada vez mejor. Parecía como si Piqui adivinara que Silvana iba a rescatarlo. Y a Silvana no le preocupó en lo más mínimo la oscuridad, porque estaba muy ansiosa de salvar a su amiguito.

¡Splash! Finalmente el balde tocó el agua, y el papá mantuvo la soga en ese lugar.

- ¡Piqui! -exclamó Silvana, buscando en la oscuridad. Sí, allí estaba el pajarito, asustado, aferrándose a una pequeña saliente de la pared del pozo. Silvana extendió la mano con alegría y lo recogió.

- ¡Lo tengo! -gritó-. ¡Levántame, Papá!

Juntos subieron, subieron, subieron hasta que estuvieron otra vez a plena luz del sol. El papá estaba muy contento con su valiente hijita, y la abrazó y la besó. ¡Qué orgulloso estaba de ella!

- ¿No tuviste miedo? -preguntó el papá.

- ¡Por supuesto que sí! -contestó ella- Pero yo sabía que tú sostenías la soga.

- Bueno -dijo el papá mientras contaba esa noche a toda la familia lo ocurrido-, espero que confiemos siempre en nuestro Padre celestial tanto como Silvana confió en mí.

Espero que tú también confíes así en Dios. Cuando todo parezca oscuro a nuestro alrededor, podemos mirar hacia arriba y ver que Alguien nos mira con amor. Jesús ha dicho: "Nunca te dejaré ni te abandonaré".

Sí, Él sostiene la soga, y un día nos alzaré para que podamos estar con Él para siempre.